

Reseña

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (ed.) (2013): *En primera persona. Testimonios desde la Utopía*, Barcelona, NED ediciones, 333 págs.

Estamos alojados en nuestro propio futuro, y si a alguien todavía le queda alguna duda, no debe sino pararse frente al perfecto vacío que hoy acompaña al imaginario utópico. Desplazadas de nuestro tiempo y denostadas casi hasta el límite, las utopías son esas experiencias del pasado que no sólo han desaparecido sino a las que también debemos sumarle una inapelable carga de decepción individual y colectiva. Sin importar qué escenas o ejemplos paseen por nuestras mentes en estos momentos, lo cierto es que hay algo tan naturalizado en esta improvisada definición que aparece tanto en discusiones a las puertas del bar como en esas inusuales clases en la universidad donde a alguien se le ocurre sacar el tema, casi de la nada, como quien tira una piedra al aire.

No parecen faltarnos razones ni lugares desde donde empezar a buscar los porqués de tal desprestigio y de tantas otras omisiones. Para las grandes ontologías del siglo XIX (y principalmente para el llamado socialismo científico), los proyectos utópicos siempre han sido una forma cobarde de evasión, de escaparse del futuro. Desde el este francés y sus minas de carbón a las revoltosa ciudad de Dresde y la Manchester obrera, toda utopía no era sino la consecuencia directa de una falta de conocimiento y de un derrotismo por poco despreciable. Pero la cosa no iba a ser muy distinta en otras latitudes ni bajo el color de otras banderas. El insistente avance del estado supo apoyarse no sólo en las recicladas élites liberales, ilustradas y urbanas, sino también en el fascinante mundo de la técnica, en la voraz inercia con que poblaciones, territorios e imaginarios fueron haciéndose cada vez más planos y predecibles... como esos pequeños arbustos que miran y cubren los desiertos, incansables y aburridos, nunca a más de unos pocos centímetros del ras del suelo.

Pero esto no es todo, como bien nos dice González de Oleaga al dar comienzo a su libro, las narraciones que han reconocido en las utopías algo que vale la pena ser contado, se han acomodado detrás de cualidades y circunstancias fuera de serie, casi heroicas y por lo tanto difícilmente repetibles. Los relatos históricos nos daban el tiempo y el lugar, mientras que los protagonistas no eran muy distintos a esos seres *verdes y húmedos* que Cortázar llamó *cronopios*, a esas criaturas grandiosas y sensibles que aparecen en algunos de sus cuentos. El resultado no iba a ser muy diferente al de la despectiva visión anterior, con la particularidad de que en este caso las experiencias utópicas quedaron

encerradas sobre sí mismas, como si fueran fábulas infantiles recreables sólo en una superproducción cinematográfica o por alguno de estos nuevos genios de la animación digital.

Sin necesidad de llevar a cabo un análisis al detalle del concepto y su historia, de sus enemigos y novias anarquistas o comunitaristas, *En primera Persona* es un claro desafío a esta buena mezcla de boicot y ostracismo al que fue relegado el pensamiento utópico. Es justamente en la introducción donde estas cuestiones toman un perfil teórico en el que la utopía se pone en común con el problema de la identidad y la necesidad de relatos, con el lugar de la historia, su nerviosa oposición a la memoria y el valor de la oralidad. Pero las cuestiones vinculadas a la teoría no quedan para nada abandonadas en el resto del libro. Lejos de mostrarse como un bicho raro que se distingue fácilmente de aquellos textos centrados en el pasado y la vida de otros, la teoría no empalaga ni deja de lado esa insistencia por la forma. De esta manera, Fernando Aínsa nos lleva por un trezado personal de coloquios internacionales y utopistas curiosamente repartidos por el mundo; Claudio Martyniuk nos ofrece un relato filosófico bastante poco habitual y Gisela Heffes nos presenta una entrevista entre el color de la utopía, el advenimiento y su deseo. Cada uno de estos autores nos ofrece un itinerario distinto desde donde subirnos a su narrativa, sin dejar de lado que la marca teórica también se muestra en muchos de los quince capítulos de esta compilación, como por ejemplo al hablar de museos de historia o de precarios programas de radio, de cómo trabajar con itinerantes comunidades anarquistas, con una pequeña cooperativa y su imprenta o con alguna que otra escuela disfrazada entre la ciudad.

Sea como investigadores, militantes o partícipes de algún proyecto colectivo, todos los autores ocupan un lugar en cada historia, asumen un legado y se involucran personalmente en las tensiones propias de cada experiencia y su recuerdo. Esto se deja ver claramente en la forma en que cada capítulo está escrito, donde cada texto viene con un correspondiente punto final que parece dejarnos algo insatisfechos. Ya un poco menos impaciente, descubrí que mi ataque repentino de empirismo glotón se había desenvuelto como parte de la propuesta del libro y de su forma de entender las utopías....y aquí es donde el título del libro, *En primera persona*, se encadena casi naturalmente con su acompañante, *Testimonios desde la Utopía*. Si, por decirlo de alguna manera, muchos de los capítulos terminan porque siguen, es justamente debido a que opera en toda la publicación una carga de transmisión, de circulación de pasados y experiencias que definen una vuelta de tuerca entre relato y su utopía.

Como suele pasar con tantas otras cosas, las utopías también están en los detalles, en cuestiones algo más sutiles y difíciles de descifrar, en una sorpresiva llamada por teléfono, en una piscina vacía o en el evocador ruido de una fábrica textil. Como el abecedario bailarín y femenino que Barthes supo dibujar y enseñarnos, no debería sorprendernos que las utopías se dejan descubrir en algunas letras que confunden y se amontonan, en

letras que dan lugar a nuevas formas y a puntos de encuentro entre el pasado indígena, las colonias galesas y una infancia entre cárceles y otras ventosas ciudades del sur.

A falta de esa perdida *voz media* que González de Oleaga retoma en su introducción, le corresponde al lector no sólo descubrir cómo se acomoda este narrador narrado dentro de los vaivenes de aquello que cuenta, sino también de poder ser críticos, de preguntarse por los límites de toda transmisión y de la importancia de no confundir el pasado con sus protagonistas. Lo bueno, por decirlo de alguna manera, es que el lector cuenta con algo de ayuda en este tema. A pedido de la editora, cada capítulo asume un formato tripartito que si bien no siempre es tan claro, si forma parte de una práctica donde los relatos se vuelven experiencia y se entrecruzan con el acto de escribir. Lo que entra en juego aquí es el lugar de la diferencia y de cómo podemos recuperar las vivencias del ayer. Como bien dice la compiladora a dar inicio al libro, es en la posibilidad de garantizar una dosis mínima de polifonía y de ruido entre pasados y presentes donde la identificación se convierte en un ejercicio de ida y vuelta, en una forma de traducción e incorporación de otras historias colectivas que siempre están en disputa y movimiento. De aquí que los capítulos de este libro no terminen y que los autores actúen como pasadores, como quienes abandona cualquier intento de saberlo todo o de estar en condiciones de dividir el pasado entre aciertos y decisiones equivocadas, entre malas lecturas del contexto o un exceso de ilusión y optimismo.

El libro se abre, se cierra y los recuerdos también “funcionan como los fragmentos coloridos de un caleidoscopio...” (Oleaga, 2013: 22). Mi hermano regresó de quién sabe dónde un poco más tarde que de costumbre, cerró la puerta y me entregó una caja con lo que parecía ser un obsequio. Dos días antes, un domingo en aquel entonces, había sido mi cumpleaños número 23, así que debajo del papel y de la tramposa entrega tardía del paquete había un regalo, más precisamente un libro, *El Seminario 3: La psicosis*, de Jacques Lacan. Vamos, antes y ahora, un verdadero dolor de cabeza.

El psicoanálisis es una práctica y al igual que su lectura requiere de un cierto entrenamiento. No son pocas las ocasiones en que a muchos de nosotros sus textos nos agarran en baja forma y nos complican bastante las cosas, y el caso de Lacan lejos está de ser la excepción, más bien todo lo contrario. Como no podía ser de otro modo, el nuevo libro nunca pudo escaparse de este cajón de confusiones, pero si alcanzó a darme una buena señal de todo lo que él y yo habíamos empezado a hacer algunas tardes atrás. Unas pocas líneas junto a mi cama hicieron el truco:

“Si por una suerte extraña atravesamos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, no es accidental, no es porque pudiese ser de otro modo. Uno piensa que la gente feliz debe estar en algún lado. Pues bien, si no se quitan eso de la cabeza, es que no han entendido nada del psicoanálisis. Esto es lo que yo llamo tomarse las cosas en serio” (Lacan, 1984: 121).

Con el paso de los días, el Lacan erudito, la autoridad del saber de la que él tanto quiso escaparse se había quedado muda. Para mí, desde entonces, Lacan pasó a ser sencillamente un tipo esperanzador. A medio camino entre lo infantil y el alivio, encontré allí mi 2x4, mi singular paso de baile: Sólo se puede ser feliz sabiendo que la felicidad no existe, que no nos espera en ningún sitio ni en ningún momento del mañana; que no nos exige condiciones que tengamos que cumplir o futuros a los que debemos aspirar que, a fin de cuentas, “felicidad” es simplemente una palabra que no sabe (a) nada.

Como ese caleidoscopio que la editora de *En primera persona* nos invita mirar y descubrir, lo realmente subversivo (y no revolucionario) de la utopía quizá se esconda en el significado común que asociamos a su nombre. Si ya nos hemos cansado de escuchar que lo utópico es aquello que no existe, que no está en ningún sitio, puede que el golpe justo esté en algo mucho más simple y cercano, en algo como cambiarle el gusto a las palabras. En este sentido, y a pesar de las dispares estrategias que cada autor sigue al momento de pensar las utopías, hay algo verdaderamente íntimo en cada ejercicio de transmisión que va más allá de esa conducta responsable y reflexiva con la que González de Oleaga nos recibe en su introducción. Aquí es donde su texto nos muestra su reverso y se vuelve contra nosotros. Cuando uno tiene entre manos un conjunto de relatos *en primera persona*, uno no sólo cuenta con una mirada privilegiada sobre el autor y su biografía, sobre aquello que éste cree mostrar o busca guardarse, sino que muchas veces olvidamos que del otro lado ocurre algo similar, que si bien no nos exhibe públicamente, sí nos interpela como lectores y nos deja lo suficientemente expuestos.

A fin de cuentas, a lo largo de los textos uno recrea momentos y se identifica con algunas imágenes, pero en ese cruce entre lugares imposibles, *diosas y villanas*, uno también toma una pausa y se queda a la espera. Uno deja por última vez el libro sabiendo que muchas historias y experiencias todavía siguen estando allí, convencido de que unos pocos comensales sentados en la cocina pueden salir al encuentro de esa línea minúscula que alguna utopía supo arrastrar desde el pasado. Una inflexión en la voz, un olor repentino o un viaje a un lugar cualquiera....en definitiva, si hay algo que este libro no deja de decirnos es que hasta unas pocas páginas junto a la cama pueden hacer de una palabra tan simple y repetida algo nuevo y esperanzador.

Emiliano Abad García
Universidad Autónoma de Madrid
emiliano.abad@uam.es

Bibliografía

LACAN, J. (1984): *El Seminario 3: La psicosis*, Barcelona, Paidós.